

## CAPITULO XXII.

Velásquez prepara otra expedición para batir á Cortés y desposeerlo del mando.—Rigurosa leva de gente y provisiones en Cuba.—Disgusto general que produce.—La noticia de la nueva expedición llega á oídos de la audiencia de Santo Domingo.—El licenciado Lucas Vázquez de Aillón enviado con plenos poderes á Cuba.—Suspende inmediatamente la salida de la armada.—Velásquez declina su jurisdicción.—El licenciado Aillón inclina á Velásquez á desistir de su primer propósito de ponerse á la cabeza de la expedición.—Sale ésta bajo el mando de Pánfilo de Narváez. A pesar de las prohibiciones del licenciado Aillón sale clandestinamente de Trinidad un buque llevando indios cubanos.—Llega este buque á Cozumel infestado de viruelas.—El contagio se propaga en la isla, y después en Yucatan.—Llega Narváez á Cozumel, y la encuentra diezmada en población.—Continúa inmediatamente su viaje costeando á Yucatán.—Entra en el río Grijalva, y desembarca en Tabasco.—Naufragio de varios de sus buques en la costa de Tabasco.—Llegada á Veracruz.

Mientras Cortés iniciaba la conquista de México, densas y negras nubes se aglomeraban contra él en la isla de Cuba. Velásquez, arrepentido de haberle confiado el mando de la expedición, resentido de que todas sus órdenes para detenerle hubiesen fracasado, resolvió reunir tropas y buques é ir en seguimiento de Cortés, para despojarlo del mando, de grado ó por fuerza. Para esto, alistó á todos los varones españoles que moraban en Cuba, con la única excepción de los inútiles ó enfermos; y nombró por segundo en jefe á Pánfilo de Narváez, que de Jamaica había ido en auxilio de Velásquez cuando la conquista de Cuba.

Era Pánfilo de Narváez hombre respetable y de buena reputación, porque además de valiente y atrevido, jamás había tenido malas costumbres, sino que todos le conocían como persona morigerada en su vida, de afables maneras, y agradable conversación. De elevada estatura, de pelo bermejo y varonil donaire, se atraía la simpatía de sus superiores, y prueba de ello fué el gran aprecio que de él hacía Velásquez. Era natural de Navalmanzano, partido de Cuéllar, provincia de Segovia, de donde había venido á América, fijándose primero en Santo Domingo. Acompañó á Juan de Esquivel á Jamaica en 1509, y de esta isla se trasladó á Cuba, cuando supo que su paisano Velásquez andaba ocupado en sujetarla, en poblarla y civilizarla. La conquista de Cuba le dió ocasión de señalarse con actos de valor é inteligencia que le captaron no sólo la reputación de capitán inteligente é intrépido, sino también la confianza del gobernador Velásquez. Lo demuestra el hecho de que, en 1514, le encargó de la comisión delicada de trasladarse á España para gestionar en favor de sus intereses y alcanzar algunas mercedes de Don Juan Rodríguez de Fonseca, presidente del Consejo de Indias, y con gran posición é influencia política en la corte. Llevó el poder de Velásquez, y lo estuvo desempeñando en España hasta el año de 1520 en que volvió á Cuba.

Si hubiera estado Narváez en Santiago de Cuba cuando se organizó la expedición de México, de seguro Velásquez lo hubiera puesto al frente de ella; pero su ausencia lo impidió é hizo que la suerte se inclinase en favor de Cortés. Velásquez consideró muy oportuna su vuelta á Cuba en momentos en

que se preparaba para ir en persecución de Cortés, y así apenas llegado, le nombró su teniente. Narváez secundó sus planes con empeño, y, lo mismo que su jefe, se dedicó á reunir, con gran actividad, gente y bastimento para emprender el viaje. La recluta ó enganche por toda la isla era tan diligente que traía desasosegada á toda la población; las medidas violentas levantaron por todas partes quejas y censuras; y pronto llegó á Santo Domingo la noticia de la situación delicada de la isla de Cuba con los proyectos de Velásquez.

La audiencia de Santo Domingo comprendió perfectamente lo grave que sería dejar entablarse una guerra civil entre dos grupos de conquistadores, y el peligrosísimo riesgo que se habría de correr con que la isla de Cuba quedase desguarnecida completamente, y á merced de un levantamiento de indios, que todavía no estaban perfectamente sojuzgados. Parecía lo más discreto apartar á Velásquez de sus planes; y, con este fin, la audiencia nombró á uno de sus miembros, y le dió plenos poderes para que, trasladándose á Cuba, pusiese pronto y radical remedio á un daño tan inminente.

En Enero de 1520, el licenciado Lucas Vázquez de Aillón<sup>1</sup> se dirigió á Santiago de Cuba. Encontró de menos, en este puerto, al gobernador Velásquez; y á todas las familias descontentas y enojadas, con motivo de la formidable leva que acababa de hacerse, y que no había perdonado varón alguno capaz de llevar las armas. Había clamor unánime en la

<sup>1</sup> Carta de la Audiencia de Santo Domingo á S. M. el Rey de España de 30 de Agosto de 1520.

opinión pública, y se quejaban de que la mayor parte, si no todos los españoles útiles, habían sido enganchados en el nuevo ejército, y que además de los indios que se había llevado Cortés, pretendía el gobernador Velásquez llevarse, en la nueva expedición, á los que quedaban pacíficos y trabajadores, de manera que, no solamente se perjudicarían las rentas reales y las haciendas privadas, por la escasez de jornaleros, sino que las familias avecindadas en la isla iban á quedar expuestas á ser asesinadas por los indios levantiscos. El licenciado Aillón formó expediente con declaraciones sobre estos puntos, y siguió su viaje hasta encontrar á Velásquez, que debía de hallarse en alguno de los puertos del suroeste. Se juntó primero con Pánfilo de Narváez en Yagua; éste le comunicó que debía ir á unirse con Velásquez al cabo de San Antonio; y, reunidos allí los tres, el licenciado comunicó los poderes que llevaba, y con toda presteza empezó á ejercer las funciones de su encargo.

La primera medida que dictó fué ordenar autoritativamente que la armada no emprendiese su marcha desde luego, sino hasta nuevas órdenes. La salida quedó en suspenso con la orden tan terminante del oidor; pero luego, con palabras de persuasión y consejo, consiguió inducir á Velásquez á cejar en su propósito de destituir por la fuerza á Cortés, y lo inclinó á someter la resolución del negocio al rey. Le hizo comprender que era prudente disponer que se dejase la gente necesaria para la guarnición de Cuba, y que el resto de la armada se enviase en auxilio de Cortés, para que así Velásquez no perdiese lo gastado, y el rey quedase bien dispuesto en su fa-

vor, en consideración á las tierras que se iban á aumentar á su corona.

Velásquez, al principio, pareció inclinado á la persuasión que producían las observaciones prudentes del licenciado Aillón; pero, luego, pasadas las primeras impresiones, volvieron á dominarle los estímulos del amor propio herido; no podía quebrantar su resentimiento contra Cortés á quien juzgaba traidor y usurpador de su gloria.

Por otro lado, Pánfilo de Narváez le había traído de España muy amplias autorizaciones para la conquista de nuevas tierras, y calificaba de indigno para su honra, y de dañoso á su bienestar, dejarse arrancar títulos y riquezas que su imaginación le presentaba ligados con la empresa de Cortés, pues era opinión comun en Cuba que los países en busca de los cuales había marchado la expedición, eran veneros de riqueza que habían de asegurar un porvenir halagüeño á cada conquistador, cuanto más al jefe de la empresa.

Bajo la influencia de estas ideas, Velásquez, aunque un instante dócil al dictamen del oidor, pronto se dejó llevar de las insinuaciones de algunos paniaguados que le aconsejaban descoñociese la facultad de la Audiencia de Santo Domingo para mezclarse en su administración, y sobre todo para corregir ó suspender sus disposiciones encaminadas á poner en planta los privilegios de descubrimiento y conquista que directamente de España le habían concedido.

Declinó al fin la jurisdicción de la Audiencia, y se manifestó con propósito de llevar á cabo su primer proyecto de partir con la armada, si bien

sincerándose con asegurar que no se proponía hostilizar á Cortés. Vana excusa, en verdad, si se dirigía á los mismos lugares que su antagonista: aunque él, por ilusión ó por doblez, afirmase sus pensamientos de paz, era imposible evitar entre ellos un rompimiento, con desastroso derrame de sangre española.

Creyó entonces el licenciado Aillón, como más urgente, hacedero y político, contemporizar con Velásquez; y ya que no podía obligarlo á cumplir sus órdenes exactamente, por lo menos alcanzar que cediese en algo de sus planes. Solo y sin fuerza militar que apoyase sus determinaciones, prefirió negociar con Velásquez; pero sin disminuir en lo más leve el decoro de la autoridad que ejercía. Ratificó la suspensión ordenada; pero luego inmediatamente conferenció en amistad con Diego Velásquez, y, después de copiosas razones y prolongada discusión, hubo de reducirle á aceptar un arreglo. La expedición no habría de suspenderse; pero, ni Velásquez habría de marchar como jefe de ella abandonando su gobierno de Cuba, ni se habrían de embarcar indios cubanos para que como sirvientes acompañasen á los expedicionarios: la armada partiría, pero al mando de Pánfilo de Narváez; y habría de seguir el derrotero de Cortés, pero con expresas instrucciones de precaver todo conflicto de armas.

Verosímilmente, Velásquez aceptó este avenio con el pensamiento ulterior de comunicar instrucciones secretas á Narváez; y así, aunque las instrucciones abiertas que dió iban todas impregnadas de la más absoluta prudencia, es muy creíble que á Narváez hubiese ordenado confidencialmente que

no diese á su pensamiento paz, ni á su mano reposo, hasta que Hernán Cortés fuese privado del cargo de jefe de la expedición á México.

El licenciado Aillón, sin embargo, se mostró hombre inteligente, porque, á pesar de las instrucciones que en su presencia se escribieron, resolvió partir con la armada, y acompañar á Narváez, siempre con el ánimo de estorbar debates, y escándalos, y lances ruidosos de armas, que eran de preverse, atendida la tirantez de relaciones entre los dos jefes españoles.

Convenidos estos puntos entre Velásquez y el enviado de la Audiencia de Santo Domingo, no hubo ya obstáculo que retardase la partida, y la armada se dió á la vela, del puerto de Guaniguanico, en el cabo de San Antonio, á principios de Marzo de 1520.

Se componía la expedición de diez y seis buques en que se embarcaron como seiscientos españoles. También fueron como mil indios cubanos, porque aunque Velásquez había prometido al licenciado Aillón que no embarcaría ningún indio, y aun hizo desembarcar los que estaban á bordo, no obstante, quebrantó su compromiso, pues á espaldas del licenciado, en otro puerto y en otro buque, embarcó hasta mil de estos desgraciados.

El navío destinado á este matuteo fué el que se había separado de la armada, quedándose en el puerto de Trinidad. Allí su capitán recibió órdenes de embarcar clandestinamente á los indios que tuviese á la mano, y que, dándose á la vela, se adelantase algunos días, y esperase á los otros buques de la escuadra, en Cozumel.

El capitán cumplió su comisión con demasía, pues, sin consideración á la peste de la viruela que causaba hondos estragos entre los indios de Cuba, metió mil de ellos á bordo; y algunos de seguro con el germen ya incubado de la pernicioso plaga, de modo que en el camino cayeron varios enfermos, y cuando el buque llegó á Cozumel, estaba completamente infestado.

En cualquier puerto civilizado, aquel buque hubiera sido puesto en cuarentena, y sujeto á severas medidas que garantizasen la sanidad pública del puerto; pero los sencillos indios de Cozumel, benignos y afables, como ignoraban la calamidad que les amenazaba, recibieron al buque y sus tripulantes con los mismos agasajos que acababan de mostrar á los soldados de Cortés: les permitieron desembarcar, y aun ellos mismos visitaron el buque. ¡Espantosas fueron las consecuencias de tan suave benevolencia! A poco, no solo quedó diezmada la tripulación del buque, sino que la enfermedad prendió en los habitantes de la isla. Los indios se llenaron de horror ante aquella dolencia extraordinaria que empezaba con los ardores mortales de intensa fiebre, se extendía con pústulas infectas que cubrían el cuerpo, y terminaba en la putrefacción más horripilante. Desprovistos de todo preservativo, murieron á millares en la isla de Cozumel; y no se detuvieron aquí los daños, porque, con la comunicación frecuente entre Cozumel y Yucatán, la epidemia se extendió por toda la península, y asoló largo tiempo su territorio. La población de Yucatán quedó diezmada; y Cozumel, que estaba tan colmada de habitantes, casi por completo se despobló;

y esto en tan breve tiempo, que, cuando los demás buques de la armada de Narváez anclaron frente á Cozumel, se maravillaron de encontrar tan pocos indios naturales.

Poco tiempo se detuvo Narváez en Cozumel, ya por el temor de que la viruela acabase con su pequeña hueste, ya porque ansiaba dar alcance á Cortés, á quien, no obstante lo prometido y la vigilante presencia del licenciado Aillón, pensaba desposeer del mando. Siguió su viaje por toda la costa de Yucatán, sin detenerse en ningún punto: entrando luego á la costa de Tabasco, desembarcó en las riberas del Grijalva para tomar agua y provisiones. Los tabasqueños, amedrentados con la reciente matanza verificada por los soldados de Cortés, desampararon la población de Tabasco; y así, cuando Narváez llegó á ella, no encontró sino á un indio muy viejo, enfermo, y que lleno de dolor y angustia suspiraba, se quejaba, y daba lastimeros gritos, como si pensara con esto mover la compasión de los invasores. Narváez y sus soldados le trataron con especial consideración, de donde vino que él, agradecido y confiado, les indicase la manera de encontrar algún otro indio sano y útil que sirviese de intermediario para que los habitantes de Tabasco volviesen á sus hogares. En efecto fueron adquiriendo confianza, y, aunque no trajeron á sus familias, vinieron á ofrecer á Narváez un presente de maíz y aves, y además tres mujeres, á semejanza de lo que antes habían hecho con Cortés.

Pero si los tabasqueños no dieron mala acogida á Narváez, los elementos le hicieron sufrir gravemente: porque á los cuatro días de haber salido

del Grijalva, y cuando iba por la brava costa que se extiende al poniente de la desembocadura de aquel río, descargó fragorosa tormenta semejante á las que periódicamente, en la primavera, castigan aquellos rumbos. El viento de travesía, fuerte é impetuoso, no permitía á los buques salir á mar ancha con facilidad y soltura, y, aunque estuvieron bregando largo tiempo por bolinear, al fin seis de ellos encallaron, y se despedazaron en las sirtes de la baja mar. Cincuenta hombres se ahogaron: los demás buques desparramados se vieron también en gran riesgo de perecer, y, después de sufrir grandes molestias sus tripulantes, fueron á surgir, cada uno por su lado, frente á San Juan de Ulúa, todos desmantelados, y con toda su gente fatigada y abatida.

Allí esperaba á Narváez otra batalla más cruda que le había de presentar la astucia y sagacidad de su antagonista, y en la que, como es sabido, salió peor librado que de las furias del mar y de los vientos.